

El Premio de Grabado de la Bienal de Cali, Colombia, otorgado a Susy Iglicki en 1976, dos años después de haberlo obtenido la norteamericana Louise Nevelson, destacó internacionalmente una obra cuya fuerza y novedad aún no había tenido tiempo de ser reconocida en Venezuela: de entonces hasta ahora, su exposición en el Museo de Bellas Artes de Caracas (1976) y sus exhibiciones en el Museo de Arte Moderno de Bogotá (1977) y en el Museo La Tertulia, de Cali, (1977) han impreso a su carrera ese carácter singularmente serio que se da por excepción entre nosotros.

La ampliación del campo de la gráfica en Venezuela es tan reciente como la propia obra de Susy Iglicki. El grabado venezolano tuvo una pionera indiscutible, Luisa Palacios, cuyo famoso taller se constituyó, durante años en el único sitio donde se aprendía el oficio a fondo y se estimulaba cualquier tendencia creativa siempre que la presidiera la calidad. Al mismo tiempo, la obra solitaria y decididamente delicada de Gladys Meneses fue acumulando virtudes tanto artesanales como expresivas, fundadas siempre en sugerencias y elipsis. Esta gráfica poética de notable tersura se enriqueció con los aportes de Gego y Marietta Berman, excepcionales comunicadoras de lo indecible. Sitúo en un lugar aparte, por su incansable imaginación y el carácter torrencial y único de sus configuraciones, la obra gráfica de Luisa Richter, una de las más poderosas artistas con que cuenta el arte nacional. En este cuadro de tendencias dominantes que, sin proponérmelo, resultó rotundamente femenino, las serigrafías de Susy Iglicki buscaron un territorio del todo diferente.

Se trataba, en primer lugar, de grandes formas articuladas, orgánica, relacionándose en un espacio, que en un principio estaba completamente ocupado por ellas y luego fue hallando aberturas, segundos y terceros planos, perspectivas, rupturas provocadas en varios casos por elementos geométricos, de tal manera que la historia de formas bellas, opulentas y apacibles, adquirió más fuerza y cierta terribilidad. Los espacios se volvieron más complejos, las relaciones más difíciles, volumen y plano corrieron riesgos juntos, en este intento por perforar la superficie y situar un espacio imaginario, pero nunca abstracto, donde las formas pudieran vivir ampliamente. El color y el volumen, aliados, comunican a su vez una clara sensualidad: contenida, sin embargo, por el esfuerzo de racionalizar espacios e interacciones.

Mientras la describo de este modo, buscando que el público la reciba no sólo como juego de formas sino como problema, lucha y planteo de ricas situaciones visuales, siento crecer el prestigio que esta obra reviste para mí. Faltaba en la gráfica venezolana esta inteligente y sensible indagación de elementos desarrollándose y habitando el espacio. Susy Iglicki la ha acometido con la tenacidad necesaria para sacarla adelante, como lo confirma el alto nivel técnico de las serigrafías, y con el fervor imprescindible para caldear la exploración induciéndola a transmitir significados esenciales que van desde lo lírico hasta lo épico.

**MARTA TRABA**

**Exposición Museo Municipal de Artes Gráficas – Maracaibo 1978**